

## Por eso me hice docente: enseñar entre la costa y la sierra

Guadalupe Zoveyda Sandoval Pérez\*

El 16 de abril de 2026 cumpla 29 años de servicio. No lo pienso como una cifra, sino como una historia que se ha ido construyendo con el tiempo, entre caminos recorridos, decisiones tomadas y aprendizajes que no siempre se ven, pero permanecen. Nunca dudé de mi vocación. No fue una elección que tuviera que pensar demasiado; fue algo que siempre estuvo ahí.

Desde niña jugaba a la escuelita. Siempre era la maestra. Organizaba, explicaba, imaginaba. Con el tiempo entendí que no era solo un juego, que en esa forma de estar con los otros ya había un sentido que después se volvió compromiso.

Creo que, en el fondo, me hice docente para escuchar. Para escuchar lo que los niños dicen y también lo que callan. Para poder mirarlos de frente y decirles, con honestidad, que valen la pena, que su vida importa, que los sueños sí pueden cumplirse.

No siempre supe hacerlo.

Al inicio de mi carrera hubo una niña a la que no escuché. En ese momento no entendía cómo hacerlo, no tenía las herramientas, no supe leer lo que necesitaba. Con el paso del tiempo, ella dejó la escuela y entró en el mundo de las drogas. Esa historia no se borra. Se queda. Y también enseña.

Desde entonces me hice una promesa: nunca ser yo, por omisión, por decisión o por indiferencia, quien empuje a un niño o a una niña a alejarse de la escuela. He aprendido que ningún niño abandona la escuela de un día para otro; se va cuando deja de sentirse visto, escuchado o importante.

Esa promesa ha guiado mi camino.

Mi trayectoria no ha sido lineal. He sido docente frente a grupo, asesora técnica pedagógica, directora y hoy supervisora. Cada etapa me ha enseñado algo distinto, me ha obligado a mirar más allá de lo inmediato y a comprender que la educación no ocurre en un solo espacio, sino en múltiples realidades que se entrelazan.

Actualmente, mi trabajo me permite recorrer escuelas que se ubican entre la costa y la sierra. Y con ello he aprendido

algo que ningún libro enseña del todo: que el territorio también educa.

Recorrer estas escuelas es también recorrer historias. Son lugares tan diversos como sus paisajes: la vegetación, el mar, la montaña y los caminos que conectan comunidades donde la vida se vive de otra manera.

Desde Tomatlán hasta Santa Gertrudis, pasando por Malobaco, El Limón, Terreros, El Llano y Cimarronas, cada lugar deja algo. La gente es generosa. En medio de una visita, alguien ofrece un plato de comida, un café, una conversación.

Las casas guardan historias. Como la de Andrés, un niño con síndrome de Down, cuya sonrisa franca invita a compartir. En la forma en que cuida a su mamá hay algo que conmueve profundamente.

En momentos así, todo se acomoda. Porque ser docente también es encontrarse con lo humano en su forma más sencilla y más verdadera.

Mi formación como doctora en ciencias de la educación me ha permitido comprender procesos, pero la práctica me ha enseñado que ningún conocimiento tiene sentido si no se conecta con la realidad.

Porque, aunque hoy no esté frente a grupo, el aula sigue siendo el centro de todo.

Ser docente también es cuidar, acompañar y hacer sentir a cada estudiante seguro, escuchado y respetado.

Soy docente porque me prometí ser parte de un cambio. Porque decidí que cada acción puede fortalecer en cada niño y niña las ganas de salir adelante.

Y también soy docente porque la vida me permitió ser una mujer que ama profundamente su vocación. Una mamá maestra.

Hoy no tengo todas las respuestas. Pero sigo aquí, escuchando, aprendiendo y creyendo.

Y entiendo que no me hice docente solo por enseñar, sino por todo lo que implica permanecer al lado de alguien, justo cuando más lo necesita.

\*Doctora en Ciencias de la Educación. Supervisora de la Zona Escolar 124, Tomatlán, Jalisco. [guadalupe.sandovalp@jalisco.edu.mx](mailto:guadalupe.sandovalp@jalisco.edu.mx)